

EL CONCILIO VATICANO II: SIGNO DE UNA IGLESIA ACTUALIZADA EN UN MUNDO QUE CAMBIA

Juan Pablo García Maestro¹

ALGUNAS OBSERVACIONES PRELIMINARES

El Concilio Vaticano II y la vuelta a las fuentes

El Papa Francisco ha recordado desde el inicio de su pontificado ***que el Vaticano II supuso una relectura del Evangelio a la luz de la cultura contemporánea. El Vaticano II produjo un movimiento de renovación que viene sencillamente del mismo evangelio.*** En este sentido me parece acertado que el teólogo Karl Rahner en su libro “Cambio estructural de la Iglesia” divida la historia de la Iglesia en tres etapas: la primera etapa que es la más breve, que comprende la vida de las primeras comunidades cristianas tras el evento de la Resurrección de Jesús de Nazaret, la persecución de los cristianos y los viajes de san Pablo.

¹ Religioso de la Orden de la Santísima Trinidad, es profesor de Teología Fundamental y Eclesiología en el Instituto Superior de Pastoral de Madrid y de Teología y catequesis en el Instituto Superior “San Pío X”. Es vicario parroquial de la Parroquia de San Juan Bautista de la Concepción en el barrio de Aluche (Madrid). El texto corresponde a la conferencia pronunciada en las Jornadas de Formación para el clero en la ciudad de El Algarve (Portugal) el 29 de enero de 2018.

332 *El concilio vaticano II:*

Signo de una iglesia actualizada en un mundo que cambia

Una segunda etapa, que es la más larga, que arranca con la conversión del emperador Constantino al cristianismo y que ha perdurado hasta nuestros días. Es el tiempo de lo que llamamos de Cristiandad. Tiempo en el que la Iglesia deja de ser perseguida, surge el monacato, las grandes rupturas de la Iglesia (el cisma de Oriente (1054) y el ruptura de Lutero con Roma y el nacimiento de la Iglesia luterana 1517), el choque de la Iglesia con la Modernidad. Este periodo largo de la Cristiandad ha durado hasta el Vaticano II.

Finalmente, la tercera etapa que va desde el Vaticano II hasta nuestros días. El Vaticano II quiso poner a este periodo de Cristiandad, caracterizado también por una Iglesia eurocéntrica, para dar paso a una Iglesia más universal y policéntrica. Este paso de una Iglesia eurocéntrica a una Iglesia policéntrica era una tarea que estaba por hacerse y que tardaría aún mucho tiempo. El Concilio Vaticano II aún fue un Concilio de corte muy europeo. Tras la celebración de los cincuenta años de su clausura (1965-2015) podemos decir que este sueño se ha cumplido porque por fin tenemos en la sede de Pedro no un papa europeo, sino uno que viene del fin del mundo, el papa argentino Jorge María Bergoglio, el Papa Francisco.

Esta tercera etapa se caracteriza ante todo por la vuelta al Evangelio, a los Santos Padres. En este sentido el Concilio sigue siendo un reto para la Iglesia de hoy. El Vaticano II tomó en serio la etapa primera de la Iglesia. De esta etapa breve de los inicios del cristianismo asume que la Iglesia debe superar toda ***Jerarqueología*** (Yves Congar), de unos que mandan y hablan y los demás sólo escuchan y obedecen. Es recuperar el sentido de la Sinodalidad. El nombre de Iglesia es sínodo. Sinodalidad significa caminar juntos, con y al lado de los demás. No unos arriba y otros abajo, en forma de pirámide. La Sinodalidad es la contraposición a una Iglesia piramidal. Y sobre todo superar el problema del Clericalismo en la Iglesia.

El Concilio Vaticano II asume de los inicios del cristianismo que el centro de la Iglesia y de su predicación es el Reino de Dios y asumir el conflicto y el destino de la Cruz. Así lo fue para Jesucristo que no se predicó a sí mismo sino el Reino de Dios, que vivió un conflicto con el poder político y religioso y que fruto de su compromiso a favor de la dignidad de las personas más excluidas sufrió el suplicio de la Cruz. Como nos recuerda la Constitución *Lumen Gentium*: “*El fin de la Iglesia es la extensión del Reino de Dios, en la tierra*” (LG, nº 9).

En esta línea quiero recordar una obra del teólogo Alfred Loisy “El Evangelio y la Iglesia”, en la que afirma de forma provocativa: “Jesús predicó el Reino y lo que vino fue la Iglesia”. Algunos la tomaron como que el autor quería decir que Jesús no quiso fundar una Iglesia. Pero detrás está la llamada de atención de que el centro de la predicación de Jesús fue el Reino de Dios y la Iglesia no está por encima del Reino sino que debe estar a su servicio.

La vuelta a los orígenes nos exige también revisar nuestra pastoral de los sacramentos. A los sacramentos, especialmente el Bautismo y la Eucaristía se accedía después de un largo catecumenado. En este sentido nos recuerda san Agustín: “Que los paganos no ven nuestras celebraciones, pero si ven nuestras obras”. El sacramentalismo de nuestra pastoral, sin las exigencias que implican los sacramentos nos llevan a abaratar la gracia. Por eso dijo con acierto el teólogo Dietrich Bonhoeffer que “la gracia barata es el enemigo mortal de la Iglesia”. Y nuestra gracia es una gracia cara que exige seguir a Jesús y pagar el precio del martirio. La puesta en práctica de las exigencias del Bautismo y de la Eucaristía lleva a la Iglesia a dar el salto de una pastoral de mantenimiento a una pastoral misionera.

Volver a los orígenes hace a la Iglesia superar la tentación del centralismo del Papa. Hace que en el Pontífice predomine la ***Diakonia del Primado***. En esto insistió el Papa Francisco a la Curia romana en el discurso con motivo de las fiestas de Navidad de 2017, el 21 de diciembre. El Primado en la Iglesia es de servicio y no de poder. En este sentido escribía Bartolomé de Las Casas: “*Que la Iglesia es comunidad escatológica, y no tiene más poder en la tierra que el que tuvo Jesucristo en cuanto hombre*”. Lo dijo Jesús: “El primero entre vosotros sea vuestro servidor”. Esta forma de ejercer el papado ayuda mucho en el camino hacia la unidad de los cristianos.

El Papa actual ha insistido que no quiere una Iglesia de príncipes, ni se busque el carrerismo, sino que la Iglesia necesita pastores con olor a oveja.

La mirada a la primera etapa histórica de la Iglesia, nos exige a la Iglesia actual, a las comunidades particulares, que es muy importante el pluralismo de ecle-siologías. Esto es una novedad que recuperó el Concilio Vaticano II. Lo contrario a la pluralidad es la uniformidad que es contraria a la acción del Espíritu

334 El concilio vaticano II:

Signo de una iglesia actualizada en un mundo que cambia

Santo. Llama la atención como en los textos de los evangelios está presente la riqueza y variedad de formas con que intentaron plasmar el seguimiento de Jesús. Sin embargo, la pluralidad de eclesiologías implica trabajar por mantener la unidad entre las diversas iglesias y dentro de la misma caridad.

En esta pluralidad debe existir la corresponsabilidad de todos. Las comunidades han de ser comunidades fraternales que comparten los bienes con los más pobres. Pero sobre todo han de ser comunidades comprometidas en la transformación del mundo.

Los objetivos del Concilio Vaticano según el Papa san Juan XXIII: El diálogo con el mundo, la unidad de los cristianos y la opción preferencial por los pobres.

Estos objetivos son las razones por las que Juan XXIII quiso que se celebrase el concilio Vaticano II. Sin embargo, estas razones a veces no se tienen en cuenta e incluso se desconocen. Por eso el Vaticano II sigue siendo desconocido para unos, para otros, olvidado, y para una notable mayoría, incomprendido (José María Castillo).

A partir de estos tres objetivos, quisiera presentar un balance muy personal, de lo que ha significado el Vaticano II, que es el evento más importante de la Iglesia del siglo XX y que debe ser la brújula que guíe este siglo XXI.

- El diálogo con el mundo

El Concilio Vaticano II se preguntó: Iglesia, ¿qué dices de ti misma? (Iglesia ad intra) (a esta cuestión responde la Constitución *Lumen Gentium*). Pero también la Iglesia quiere ser servidora del mundo y dialogar con el mundo. Por eso la Constitución pastoral *Gaudium et Spes* (la alegría y la esperanza) responde más bien a la pregunta: Iglesia, ¿cómo te presentas ante el mundo? (Iglesia ad extra). No olvidemos que el Concilio Vaticano II fue un concilio pastoral y ecuménico. Fue un Concilio que se dirigió a toda la humanidad, como ya lo hizo Juan XXIII en su encíclica *Pacem in terris*. El número 1 de la Constitución *Gaudium et Spes* lo confirma: “*Los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de la época actual, sobre todo de los pobres y afligidos de toda clase, son tam-*

bién los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay auténticamente humano que no halle eco en su corazón. Su comunidad está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son dirigidos por el Espíritu Santo en su peregrinación al Reino del Padre y han recibido el mensaje de la salvación para anunciarlo a todos. Por esto la Iglesia se siente en verdad íntimamente unida con la humanidad y con su historia”.

Muchos piensan que la Iglesia hizo un esfuerzo por inculturarse en el imperio romano, en el mundo pagano, las culturas eslavas etc.. Pero aún tiene una asignatura pendiente con la Modernidad, con la posmodernidad, y hoy diríamos que tiene que dar una respuesta seria a esta cultura de la posverdad.

Es verdad que la Iglesia del Concilio pasó de los anatemas de las condenas, al diálogo con el mundo. Incluso el deseo de aprender de los que nos critican. De reconocer la responsabilidad en los orígenes del ateísmo (GS 19). La Iglesia en la constitución *Gaudium et Spes* toma en serio los signos de los tiempos (cfr. GS 4, 11, 44). “*Es tarea del Pueblo de Dios y sobre todo de los pastores y teólogos captar, discernir e interpretar con la ayuda del Espíritu las diversas formas de hablar de nuestros días y juzgarlas a la luz de la palabra de Dios a fin de que la verdad revelada se reciba cada vez más completa, se entienda mejor y se presente de un modo más adecuado*” (GS 44).

Pero la Iglesia no es la única a ser llamada a interpretar los signos de los tiempos, sino también el mundo secular tiene una responsabilidad para leer los signos de los tiempos e implicarse en los problemas de la historia.

Hoy sigue siendo muy importante el diálogo con el mundo, el diálogo fe y cultura (Pablo VI). Pero, ¿qué mundo? Este mundo debe ser evaluado a partir de su reverso, en expresión del teólogo Gustavo Gutiérrez “desde el reverso de la historia”. Desde este reverso descubrimos los límites de la Modernidad, de la Postmodernidad y de la posverdad. Y lo digo porque el sueño de la Modernidad fue la confianza en el progreso y el desarrollo de los pueblos. La salida del estado infantil de las personas, para dar paso a atreverse a pensar por uno mismo (Kant, ¿qué es la Ilustración?). El desarrollo de los pueblos no ha llegado a todos, es más se ha hecho a costa de la explotación de los otros pueblos. En la posmodernidad esto se ha agravado aún más, pues hoy vivimos en la sociedad del descarte y de los invisibles. En una economía que mata.

Este año pasado la palabra de moda ha sido la posverdad. Donde el mayor problema son los escándalos de corrupción en el mundo de la política. Estos escándalos se dejan pasar y con el tiempo se hace que la gente los olvide. Se sigue votando a políticos corruptos. Y la misma gente se ha acostumbrado a ver la corrupción como algo muy normal. Pues siguen apostando por políticos corruptos.

¿Qué voz profética ha manifestado la Iglesia, los obispos, los sacerdotes, los laicos ante esta situación? El Papa Francisco ha tenido gestos proféticos ante el mundo que estamos viviendo. Al inicio de su Pontificado fue a la Isla de Lampedusa y denunció a la humanidad que cómo es posible que el mar se esté convirtiendo en un cementerio donde mueren tantos emigrantes. Dijo que eso es una vergüenza y que nos hemos olvidado de llorar estos dramas. En su bula con motivo del año de la Misericordia afirma que queremos pecadores pero no corruptos.

- **La unidad de los cristianos o diálogo ecuménico**

Aquí la Iglesia del Concilio quiso llamar la atención sobre la importancia del ecumenismo, de la unidad de los cristianos. Porque **la falta de unidad es un obstáculo para la evangelización**. Sabemos que el ecumenismo moderno tuvo su origen en la asamblea celebrada en la ciudad escocesa de Edimburgo (1910). Una asamblea formada por misioneros de la iglesia protestante. Hoy podemos decir con Juan Pablo II que el mayor logro del ecumenismo en la etapa posconciliar es que nos llamamos HERMANOS.

Hoy reconocemos la santidad de nuestros hermanos de las otras iglesias, incluso estamos convencidos que el futuro del ecumenismo es el ecumenismo de la sangre. Hermanos de otras confesiones están siendo asesinados por ser cristianos.

El teólogo e historiador de la Iglesia John W. O'Malley afirma en un artículo titulado "El Concilio de acercamiento" (Razón y Fe 1367, 2012): "**El Vaticano II asumió para la Iglesia una manera distinta de entenderse a sí misma y de estar y ser en el mundo. La asunción de la reconciliación acabará creando el estilo de lo que fue el**

Concilio, el espíritu del Vaticano II. Reconciliación dentro de la Iglesia, reconciliación con las otras religiones, reconciliación con el mundo”.

- “La opción preferencial por los pobres”.

El Papa Juan XXIII en su radio mensaje del 11 de septiembre de 1962 afirmaba: “Ante los países subdesarrollados, la Iglesia se presenta tal cual es, y quiere ser la Iglesia de todos, en particular la Iglesia de los pobres”².

También conviene recordar la iluminadora figura del Cardenal Lercaro, arzobispo de Bolonia, quien en una notable intervención insistía en el tema de la Iglesia de los pobres. Señalaba que esta opción por los pobres es la que da sentido a los otros dos objetivos del Concilio Vaticano II. Decía así: *“Esta es la hora de los pobres, de los millones de pobres que están en la tierra, esta es la hora del misterio de Cristo sobre todo en el pobre. Por consiguiente, la más profunda exigencia de nuestro tiempo, incluyendo nuestra gran esperanza de promover la unidad de los cristianos, no sería satisfecha, sería eludida más bien, si el problema de la evangelización de los pobres de nuestro tiempo fuese tratado en el Concilio como un tema que se añade a otros. En efecto no se trata de un tema cualquiera, sino en cierto sentido el único tema de todo el Vaticano II”*³.

Haciendo un balance crítico sobre este objetivo, somos de la opinión que la Iglesia de los pobres no prosperó en el Vaticano II (aunque son muy importantes el n. 8 de LG y el n. 1 de GS) y sin embargo sí lo fue en la II Asamblea de los Obispos celebrada en la ciudad de Medellín (Colombia) en 1968. Y que este año vamos a celebrar el 50 aniversario de esta asamblea, que marcó un antes y un después en el Continente Latinoamericano. En Medellín se quiso aplicar el espíritu del Concilio Vaticano II a América Latina. Pero hizo una relectura del Concilio a partir de este tercer objetivo, el de la opción preferen-

2 AAS 54 (1962), 682. “In faccia ai paesi sottosviluppati la Chiesa si presenta quale è, e vuole essere, come la Chiesa di tutti, e particolarmente la Chiesa dei poveri”.

3 G. LERCARO, *Per la forza dello Spirito. Discorsi conciliari*, Ed. Dehoniane, Bologna 1984, 109-110. Lercaro llegó a insistir en que la ausencia de este aspecto (la Iglesia y su opción preferencial por los pobres) era la laguna de los esquemas preparatorios del concilio.

cia por los pobres. Pero los pobres son los primeros en la Iglesia, porque en Medellín se hizo presente primero a Dios en América Latina. Y por hacer presente a Dios puso en crisis al mundo opresor, y este reaccionó con inmensa virulencia. La Iglesia pasó por la crisis por la que pasó Jesús, lo que no ocurrió en el Concilio Vaticano II. El Vaticano II- afirma Jon Sobrino- se propuso repensar las cosas, para cambiarlas y para ello hizo uso de mucho pensamiento. Sin embargo, Medellín se propuso rehacer las cosas, con pensamiento por supuesto, pero enraizado en y generando una realidad. Y son cosas distintas. ¿Es lo mismo repensar las cosas que rehacer las cosas? Yo lo aclaro con esta idea: “La Iglesia de los pobres no prosperó en el Vaticano II y sin embargo fue lo esencial en Medellín”.

Se trataba de hacer lo que Dios ha hecho: escuchar clamores, abajarse a ellos, liberar. Lo decisivo de Medellín no fue proponer doctrinas, sino generar realidades. Es lo que dice el Papa Francisco: que la realidad es superior a las ideas.

Creemos que con el Papa Francisco estamos viviendo la tercera recepción del Vaticano II, en la que ha asumido lo que fue prioritario para Medellín y para el Cardenal Lercaro. El Papa Bergoglio cita con frecuencia este pensamiento del diácono san Lorenzo: “Los pobres son el tesoro de la Iglesia y si no los cuidamos seremos una Iglesia tibia y mediocre”. El Papa quiere que salgamos a las periferias existenciales, en donde los pobres son los más importantes. Y como en el Concilio desea que la misericordia sea la viga maestra que sostiene la Iglesia.

La Iglesia será actual en este mundo en cambio en tanto en cuanto luche por visibilizar a los descartados de nuestra sociedad.

CUESTIONES PENDIENTES DEL CONCILIO VATICANO II. ANÁLISIS CRÍTICO

El Concilio Vaticano II fue un concilio de la Iglesia sobre la Iglesia (K. Rahner). El tema central fue la identidad de la Iglesia: la Iglesia es misionera, la Iglesia existe para evangelizar. Otro de los aspectos que señaló el Concilio fue la llamada de todos a la santidad que hunde sus raíces en nuestro bautismo, y también la vocación misionera de todos los creyentes.

Sin embargo, algunos teólogos vienen reclamando que hoy necesitamos de un Concilio que hable de Dios. No sólo que nos cuestionemos, Iglesia, ¿qué dices de ti misma?, sino sobre todo, ¿Iglesia qué dices de Dios? Es muy importante el tema de Dios en nuestra sociedad posmoderna, caracterizada por la vuelta salvaje de la religión. Hoy ya no vivimos bajo el eslogan: **“Cristo sí, Iglesia no; hoy el lema es “Religión sí, Dios no”** (Johann Baptist Metz).

Como vamos a ver a continuación, es verdad que en el Concilio Vaticano II, en su constitución *Lumen Gentium*, comienza recordado que la Iglesia es icono de la Trinidad, que la Iglesia es misterio, que tiene su fundamento en el Dios de Jesucristo, no obstante deseo hacer algunas matizaciones.

En estos tiempos de perfiles difusos, de tiempo líquido, bajo el paradigma de la incertidumbre (Baumann) queremos hacer un ejercicio de sinceridad y autocrítica: “reconocer el debilitamiento de la fe de muchos creyentes, de nuestra Iglesia y de nuestras parroquias”. Hoy vivimos no una crisis eclesial, sino una crisis de Dios, y un debilitamiento de la vida teologal de los creyentes. En esto insistió el Papa Benedicto XVI en el sínodo celebrado en el año 2012, sobre *La Nueva Evangelización para la transmisión de la fe*”. A la luz de las necesidades actuales, extraña la escasa presencia en los textos conciliares de temas como la experiencia de Dios y la poca atención al elemento místico del Cristianismo. Tal vez por eso, en las comunidades surgidas a partir del Concilio Vaticano II se ha podido denunciar con razón un serio déficit de mística cristiana. Todavía las comunidades cristianas no somos hogares de oración y precisamos cultivar la “mística de ojos abiertos” (Metz).

¿Cuál es la propuesta pastoral del Papa Francisco ante el desafío que invita a mirar a lo alto y a hincar los pies en el barro de la humanidad doliente?
¿Existen formas alternativas de vivir el cristianismo en el mundo actual?
¿Habrá que recuperar el espíritu de san Benito abad?

En esta hora de incertidumbre, de cambio, de la sociedad de las prisas y de la eficacia, donde lo gratuito no tiene a penas relevancia ninguna, se trata de crear comunidades de escuelas de oración, lugares que se acompañe a una experiencia de Dios a los demás, por medio de la escucha de la Palabra, de la escucha también de la historia y el clamor de los pobres como lugares

de Dios. En esta tensión entre mística y compromiso político de la fe radica el futuro del cristianismo, y el cristianismo que en realidad tiene futuro (Metz y D. Sölle).

Recordemos también que Pablo VI en la clausura del Concilio Vaticano II (8.12.1965) afirmó que todos los documentos del Concilio hay que leerlos e interpretarlos a partir de la espiritualidad siempre antigua y siempre nueva del Buen Samaritano. Esta espiritualidad nos lleva a recuperar el concepto de prójimo, quién es nuestro prójimo según la visión de Jesús. La pregunta no es quién es mi prójimo, sino quién se hizo prójimo del que estaba tirado al borde del camino (Cfr. Lc 10, 36ss). Próximo soy yo que salgo a los caminos y me hago cercano.

Por ello diremos que la ética de la compasión salvará el mundo. Esta es la respuesta que se espera de la Iglesia en estos momentos.

Otra cuestión sin resolver en el Concilio Vaticano II y en la etapa posconciliar es: ¿Cuál es el atributo que mejor define la Iglesia que nos dejó el Concilio? ¿Es la Iglesia Comunión o la Iglesia Pueblo de Dios?

En la etapa posconciliar, especialmente a raíz del sínodo de los Obispos celebrado en 1985, el cardenal Walter Kasper afirmó que el título más importante de la Iglesia del Concilio Vaticano II es el de la Iglesia Comunión. Un año antes en 1984, la Comisión Teológica Internacional (CTI) publicaba un documento con el título “Temas selectos de eclesiología”⁴ en el que afirma que el título central de la Iglesia del Vaticano II es la de Pueblo de Dios. ¿En qué quedamos?

Juan Pablo II en su carta *Tertio Millenium adveniente* afirma que la Iglesia debe ser y está llamada a ser experta en Comunión y escuela de Comunión.

¿Qué pensamos acerca de esta nada fácil cuestión? El tema ha sido motivo de muchas tensiones en la Iglesia, en la eclesiología y también en la pastoral.

4 COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Documentos 1969-1996*, BAC, Madrid 1998, aquí remito a las páginas 327-375.

Como hemos señalado más arriba, la constitución *Lumen Gentium* comienza definiendo a la Iglesia como misterio, la Iglesia que ha sido reunida en la Unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu (citando a san Cipriano de Cartago). Primero es Dios, la Iglesia es imagen de la Trinidad. La Iglesia Pueblo de Dios fue la privilegiada, pero no la única. El punto de partida es la Iglesia misterio (LG 1). Es Dios, ni el Papa, ni los obispos ni los mismos fieles entre sí el que convoca a la Iglesia, el que la guía y el que la mantiene. Desde el inicio de la Constitución LG aparece la Centralidad de Cristo: Cristo sacramento universal de salvación. Cristo que es la luz del mundo, y la luna que es la Iglesia (*mysterium lunae*), y que recibe la luz del sol que es Cristo. Para ello dejemos que los textos hablen por sí solos:

“Esta Iglesia aparece prefigurada ya desde el origen del mundo y preparada maravillosamente en la historia del pueblo de Israel y en la Antigua Alianza, se constituyó en los tiempos, se manifestó por la efusión del Espíritu y llegará gloriosamente a su plenitud al final de los tiempos” (LG 2).

De ahí que la Comunión sea importante, porque su misión es ser signo de la Comunión Trinitaria. La Iglesia- afirma el teólogo y obispo Bruno Forte- viene de la Trinidad, la Iglesia es icono de la Trinidad, y la Iglesia va hacia la Trinidad.

Poner en el centro a Dios es lo que hará evitar y superar todos los populismos, particularismos y comunitarismos exaltados. ¿Qué implica la centralidad de Dios Trinidad para los títulos Iglesia Pueblo e Iglesia Comunión?

A la Iglesia Pueblo de Dios superar todo individualismo en la fe y recuperar la dimensión comunitaria de la fe. Dios quiso santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados, sin conexión entre sí, sino hacer de ellos un Pueblo. El pueblo de Dios es un pueblo de personas, que se definen por la racionalidad horizontal (con los hermanos) y vertical (con Dios).

La Comunión, desde el misterio Trinitario, exige a la Iglesia superar toda uniformidad, para dar el salto a la diversidad de carismas y misterios. La Comunión de la Iglesia exige que actuemos en sinodalidad y todos tenemos

una responsabilidad en la Iglesia. Por eso, el sacramento del bautismo (con su complementación en la confirmación) es el que da sentido a la responsabilidad de todos en la Iglesia y no en el sacramento del Orden, que ha sido frecuentemente la base desde la que se ha hecho la reflexión eclesiológica. Y es una de las causas del clericalismo aún imperante en la Iglesia.

La Iglesia Comunión e Iglesia Pueblo se debe también visibilizar en cómo se trata a los laicos en la Iglesia y en las parroquias. Porque mi experiencia en las parroquias es que el laicado es un gigante dormido que la Iglesia debe despertar. Estamos aún muy lejos de la definición que hizo Puebla (1979): *“Los laicos son hombres y mujeres de la Iglesia en el corazón del mundo y hombres y mujeres del mundo en el corazón de la Iglesia”*.

La misión de los laicos no es exclusivamente el mundo (ad extra) sino ad intra de la Iglesia. Como afirma el teólogo Karl Barth: “Si la misión de los laicos no tiene otra finalidad que el servicio de la Iglesia, lleva ya los estigmas de la muerte”.

¿Cómo pueden contribuir los laicos a la reforma interna de la Iglesia? ¿Qué es lo que había que cambiar en los ministerios de la Iglesia de hoy? ¿Cuál es la función de los cristianos en la vida pública? ¿Son cristianos de presencia o de mediación?

Los retos de la globalización y el pluralismo religioso

Estoy de acuerdo con el teólogo francés Claudio Geffré que *“si la secularidad ha sido el reto por excelencia para la Iglesia del siglo XX, el del siglo XXI lo será la globalización y el pluralismo religioso”*.

Ya el Papa san Juan Pablo II afirmó, como parte de la respuesta a ese desafío: “el diálogo interreligioso es una necesidad para la Iglesia”. Benedicto XVI, refiriéndose más concretamente a los musulmanes, ha añadido que se trata de una necesidad vital. Pero, ¿estaremos dispuestos los cristianos a los replanteamientos teóricos y a las exigencias prácticas que supone la entrada en un verdadero diálogo interreligioso? (Juan Martín Velasco). El diálogo requiere, como expresó Pablo VI en su encíclica *“Ecclesiam suam”* (1964), una cierta

paridad de los interlocutores. Esa paridad supone la renuncia por todos ellos a la pretensión de posesión de la verdad y la disposición a dejarse aleccionar y enriquecer por los otros. Tal actitud resultaba imposible en la práctica con una comprensión de la revelación cristiana entendida como comunicación por parte de Dios de un conjunto de verdades sobre sí mismo, sobre Jesucristo, sobre la salvación y la misma condición humana, verdades entendidas como representación especular de la realidad tal como es en sí misma, y como tales ahistóricas e irreformables.

Desde esta comprensión de la revelación cristiana, los no cristianos, desprovistos de tal revelación, estaban en una situación asimétrica en relación con la verdad que les impedía ser verdaderos interlocutores de los cristianos en relación con ella, y los cristianos no tenían nada que aprender de ellos, ni por tanto, verdaderas razones para aprender ese diálogo⁵.

El cristianismo como los demás fieles de otras religiones como “peregrinos de la verdad”, somos buscadores y no poseedores de la verdad. El Papa Benedicto XVI afirmó en el encuentro con los jefes religiosos de las otras religiones, confesiones y personas no creyentes, en la ciudad de Asís (Italia), el 27 de octubre de 2011, para conmemorar el XXV aniversario del primer encuentro celebrado en octubre de 1986: “*Que Dios no es propiedad de nadie*”.

El Concilio Vaticano II en su declaración *Nostra Aetate* (NE) animaba a los cristianos y a la Iglesia universal a reconocer todo lo bueno y santo que hay en las demás religiones e incluso a dar a conocer lo que las otras religiones confiesan (cfr. NE 2).

Otra tarea de las grandes religiones y es lo que el mundo espera de ellas, es lo que afirma la *Nostra aetate* en el n° 1:

“Los hombres esperan de las diversas religiones la respuesta a los enigmas recónditos de la condición humana, que hoy, como ayer, conmueven profundamente su corazón. ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido y qué fin tiene nuestra vida? ¿Qué es el bien y el pecado?”

5 J. MARTÍN VELASCO, *Creo en la Iglesia*, PPC, Madrid 2015, 126.

¿Cuál es el origen y fin del dolor? ¿Cuál es el camino para conseguir la verdadera felicidad? ¿Qué es la muerte, el juicio y cuál la retribución después de la muerte? ¿Cuál es finalmente, aquel último e inefable misterio que envuelve nuestra existencia, del cual procedemos y hacia el cual nos dirigimos?”.

Nadie puede llamarse cristiano si desprecia a los otros por causa de raza, religión o color. Porque quien no ama no ha conocido a Dios. En este sentido es muy importante lo que nos recuerda NE 5: “*No podemos invocar a Dios Padre de todos, si nos negamos a conducirnos fraternalmente con algunos hombres, creados a imagen de Dios. La relación del hombre para con Dios y con los demás hombres, sus hermanos, están de tal forma unidas que, como dice la Escritura: “el que no ama no ha conocido a Dios” (cf. Jn 4, 8).*

Así se elimina el fundamento de toda teoría o práctica que introduce discriminación entre hombre y hombre y entre pueblo y pueblo, en lo que toca a la dignidad humana y a los derechos que de ella dimanar.

La Iglesia, por consiguiente, reprueba, como ajena al espíritu de Cristo, cualquier discriminación o vejación realizada por motivos de raza o color, de condición o religión”.

En los tiempos actuales el Magisterio de la Iglesia, la Teología y la acción pastoral deberán replantear con qué paradigmas quiere trabajar a la hora de evaluar y dialogar con las otras religiones. Debemos superar los estrechos paradigmas exclusivista, inclusivista y pluralista. En estos momentos debemos apostar por el paradigma de la Cruz y la Resurrección. Debemos ser exclusivitas en estos dos grandes misterios del Cristianismo y tan esenciales en nuestra teología. ¿Por qué?

Porque el escándalo de la Cruz supera toda tentación de hacer de la religión una ideología. La locura de la Cruz pone en entredicho toda Teología, muy bien pensada y razonable, pero que termina crucificando la verdad, porque esta no soporta la locura de la Cruz. Esto lo saben muy bien los que pagaron el precio del martirio. Muchas veces me he cuestionado, ¿Cristo acabó en la cruz por hacer ideología? ¿Actuó en favor de los excluidos por intereses de poder? La locura de la Cruz es el precio de la gratuidad, del amor desinteresado de

Dios en favor de los pobres y de los que son pisoteados en su dignidad. Esta salvación y amor gratuito es el que Cristo ofreció a todos, creyentes de otras religiones y no creyentes.

Y el paradigma de la Resurrección es la respuesta del Dios de la vida a aquellos que padecieron un sufrimiento injusto. Es la respuesta del Dios al último enemigo que es la muerte.

Estos misterios revelan cuál es el sentido de la verdad. La verdad no solo se piensa, la verdad se practica. La verdad decía santo Tomás de Aquino no se busca para saber más, sino para hacer sufrir menos a los demás, especialmente a los más pobres.

Creo que este es el reto en las que tierandes religiones ante tanta violencia que existe en la humanidad, amenazada de una guerra nuclear. La finalidad del diálogo interreligioso es construir una cultura de la paz. No habrá paz en el mundo si no hay paz entre las religiones.

Finalmente, hoy se está dando un hecho muy real. Este hecho es que no sólo se está dando un ecumenismo de la sangre, sino “**un diálogo interreligioso de la sangre**”. Hermanos cristianos que han muerto por estar al lado de hermanos de otras religiones. Pienso en los monjes que asesinaron en Argel. O del obispo Pierre Claverie, obispo de Oran que fue asesinado a manos de fanáticos musulmanes. Ellos con su vida nos dicen que no hay amor más grande que el de la vida por sus hermanos. Estos mártires vivieron y comprendieron el escándalo de la cruz. Ante el mundo de hoy diremos que las religiones deben confesar juntas: “Solo el amor nos puede salvar”.

CONCLUSIÓN

La recepción del Vaticano II y su actualidad en este mundo en transformación, pasa por aceptar que vivimos en una crisis, no de la Iglesia sino de Dios. También de una crisis del hombre. A lo largo de nuestra reflexión hemos recordado que no es solo la crisis de Dios, sino del debilitamiento de la vida teologal de los creyentes. Una de las observaciones que hemos hecho al Concilio Vaticano II es la escasez de textos conciliares de temas como la



experiencia de Dios y la poca atención al elemento místico del cristianismo. La Iglesia no podrá evangelizar, sino se deja evangelizar ella y si las comunidades aún no somos lugares de oración y si no cultivamos la mística de ojos abiertos.

Pero la crisis no es dueña de la vida ni elimina la vida. Más aún, la crisis puede ser también bienaventurada, pero vivida desde abajo, desde los pobres y los que sufren esta cultura del descarte. Entonces lo que puede parecer pérdida puede ser ganancia. De esta forma el cristianismo tiene futuro. Esta es la Iglesia que desea el Papa Francisco: una Iglesia en salida hacia las periferias existenciales, en donde los pobres son los prioritarios. La superación de la mundanidad espiritual y la autorreferencialidad es lo que hará pasar a nuestras comunidades de ser parroquias de mantenimiento a parroquias misioneras. Esto es haber entendido el sentido de la conversión pastoral y misionera a la que nos está pidiendo el Papa Francisco a toda la Iglesia.